

Algunas dificultades para la periodización, ejemplificadas en las obras de Francisco Clavijero y Crisostomo Nájera

Bárbara Cifuentes

Escuela Nacional de Antropología e Historia

En el presente artículo se contrasran las obras de dos autores ejemplares de la lingüística amerindia: Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), y Crisóstomo Nájera (1803-1853). Se toman en consideración los debates del ambiente científico y, a la luz de éstos, destacamos los aspectos originales de sus respectivas obras. No obstante la singularidad de las investigaciones, Clavijero y Nájera comparten y cultivan los valores creados por una tradición cuyo alcance temporal rebasa las obras individuales o las preferencias de una época; nos referimos a la tradición que tiene como objeto el estudio de la lengua náhuatl.

The works of Francisco Clavijero (1731-1787) and Crisostomo Naxera (1803-1853) two of the most recognized amerindian linguists are contrasted in this article. Taking into consideration the present debate among the scientific community and based on its results, areas considered original in their works are pointed out. Both, Clavijero and Naxera share and cultivate the values created by a tradition that reaches well beyond their times and individual differences: the study of the Nahuatl language.

Introducción

Los especialistas en el campo de la historiografía han exhortado a renovar los estudios retrospectivos de las disciplinas del lenguaje a la luz de tres consideraciones: la primera, que la determinación del ritmo de evolución de las ideas lingüísticas no debe subordinarse a acontecimientos de otra índole —política o económica, por ejemplo—; la segunda, que los cambios en la teoría deben distinguirse de aquellos cambios en las ideas lingüísticas que no repercuten en el modo de análisis; la tercera, que al hacer la reconstrucción de una obra o un autor debe evaluarse tanto el impacto que tuvieron dentro del ambiente lingüístico cuanto en otras áreas del conocimiento.¹ Este modo de considerar el trabajo historiográfico obliga, entonces, a renunciar a una narración basada en la cronología y a evitar juicios anacrónicos sobre los logros obtenidos en el pasado.

Por su parte, algunos especialistas en el campo de la historiografía lingüística amerindia ponen de manifiesto varios desacuerdos con respecto a los enfoques que han privado en este campo. Una primera crítica está dirigida a la reducción del objeto de estudio de la lingüística americanista a un problema de “influencias” con respecto a las corrientes principales de la lingüística —francesa, alemana o, recientemente, norteamericana—.² También señalan que, en su mayoría, los estudios dedicados al mismo objeto centran la atención en un solo autor o en una sola obra, resultando escasos los exámenes de contraste que dan cuenta de las semejanzas y diferencias entre las ideas lingüísticas que presentan los autores que se sitúan en un mismo periodo o en épocas diferentes del quehacer lingüístico.³

La nueva dirección que se ha propuesto para el trabajo historiográfico plantea grandes retos; entre ellos, la búsqueda de rasgos comunes y discontinuidades entre la profusa literatura producida a lo largo de cuatro siglos de ciencia occidental en el continente americano, dando cuenta de las circunstancias tanto lingüísticas cuanto extralingüísticas que le son propias. De manera general podría decirse que la meta por alcanzar consiste en reconstruir “lo que se hizo” y “las maneras cómo se hizo”, poniendo en relieve la validez del trabajo analítico sobre las lenguas en un ambiente peculiar.⁴

¹ Koerner, Konrad (1989) “The neogrammarian doctrine: breakthrough or extension of schleicherian paradigm. A problem in linguistic historiography”, *Practicing linguistic historiography. Selected essays*, Amsterdam/Philadelphia, John Benjamins, pp 79-100.

² Hymes, Dell (1974) “Traditions and paradigms”, *Studies in history of linguistics. Traditions and paradigms*, (Dell Hymes comp.), Bloomington/Londres, Indiana University Press, pp. 1-38. Véase también: Koerner, Konrad, “On problem of influence in linguistics historiography”, *op. cit.* pp 35-67.

³ Koerner, Konrad (1994) “Gramática de la lengua castellana de Antonio de Nebrija y el estudio de las lenguas indígenas de las Américas: o, hacia una historia de la lingüística amerindia”. *Actas del Congreso Internacional de Historiografía Lingüística*, (R. Escavy, J. M. Hdez Terrés, A. Roldan eds.). Murcia, Vol. II, pp. 17-36.

⁴ Andresen, Julie T. (1990) *Linguistics in America 1769-1924*, Londres/New York, Routledge.

Desde esta perspectiva, las obras elaboradas en el continente deben reagruparse a la luz de diferentes ritmos temporales y en función de las necesidades del presente.⁵

En este artículo problematizaremos algunas propuestas que segmentan temporalmente los estudios sobre las lenguas amerindias de México. A manera de ejemplo consideraremos las obras de Francisco Clavijero y Crisostomo Nájera, las cuales han sido colocadas hasta ahora en dos periodos diferentes; resaltaremos las afinidades entre ambas, así como las semejanzas que presentan con otras que fueron elaboradas en tiempos más lejanos. Las diferencias entre los autores nos permitirán ir delineando fronteras, además de las cronológicas.

La periodización de la lingüística americanista

En 1983, con base en los estudios relativos a las lenguas mesoamericanas, Jorge Suárez propuso una subdivisión de la lingüística americanista con el fin de distinguir la variedad de métodos e intereses a lo largo de su historia.⁶ Dicha periodización consignó tres momentos: la lingüística misionera, el siglo XIX y, finalmente, el siglo XX.

Para definir el primero de ellos, Suárez reunió la abundante literatura que elaboraron los religiosos desde su arribo a la parte continental, en 1524, hasta finales del siglo XVII. Las obras que constituyen este acervo tienen en común la finalidad proselitista y la emulación del modelo gramatical grecolatino, aunque se reconoce que algunos estudios de caso presentan explicaciones originales sobre fenómenos lingüísticos que no se adecuaban satisfactoriamente al modelo.

El segundo momento se sitúa en el siglo XIX y se señala que los principales resultados fueron las obras clasificatorias; en este periodo las lenguas americanas fueron objeto de atención preferente por parte de los estudios tipológicos. En esa época se le asignó especial valor a la lengua náhuatl, que resultaba idónea para ilustrar un cuarto tipo gramatical —incorporate o polisintético— que se añadía a la clásica distinción triádica: aislante, aglutinante y flexiva. Con respecto a este periodo, Suárez hace otra precisión: que el estudio de las lenguas amerindias quedó fuera de la corriente principal de la lingüística comparada inaugurada por Franz Bopp.

Finalmente, Suárez identifica al siglo XX como un tercer momento, en el cual la diversidad de tendencias e intereses dificulta el asirlos bajo otro común denominador que no sea la integración plena a los cánones de la lingüística general. En lo que respecta al siglo XVIII, que queda fuera de la periodización, Suárez, al igual que otros especialistas contemporáneos, considera que su omisión obedece al considerable declive que se observa en la investigación sobre las lenguas amerindias. Se sugiere que proba-

⁵ Le Goff, Jaques (1991) *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*, Buenos Aires, Paidós.

⁶ Suárez, Jorge (1983) *Mesoamerican Iridian languages*, Cambridge University Press.

blemente esta situación fue el resultado de la preocupación ilustrada por la gramática universal y filosófica, además del interés por el desarrollo de los sistemas lógicos de comunicación, propio de aquella época.⁷

Si bien este ordenamiento de la lingüística americanista constituye un esquema preliminar que se presenta a manera de introducción e ilustra al lector sobre el actual estado del arte en la investigación sobre las lenguas amerindias, tiene también la virtud de abrir varios puntos a la reflexión sobre el tema aquí debatido. En primer término, a través de él podemos preguntarnos cuáles son los presupuestos de una interpretación histórica que establece tres periodos, cada uno de los cuales se presenta con una relativa homogeneidad en los métodos y en las expectativas del trabajo. De igual manera nos preguntamos por qué se omiten las continuidades y sólo se ponen de manifiesto ciertos acontecimientos producidos en un ciclo que abarca más de cuatro siglos de atención y análisis de las lenguas amerindias.

La comparación de dos autores

Con el fin de problematizar la periodización anteriormente expuesta, hemos elegido dos autores: uno de ellos perteneciente al siglo XVIII y el otro al XIX. Primero haremos mención de Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), autor de la *Historia Antigua de México* (Cesna, 1780; México, 1853) y de las *Reglas de la Lengua Mexicana con un Vocabulario* (trabajo inédito por largo tiempo, que fue publicado hasta 1974). Tanto los historiadores como los etnógrafos y los lingüistas del siglo XIX, nacionales y extranjeros, sancionaron positivamente la obra de Clavijero otorgándole el carácter de fuente documental básica para el conocimiento del pasado prehispánico y virreinal, la cual, además, había enfrentado “la calumnia de América” con sus mejores armas: la descripción de los “hechos verdaderos”.⁸

En un segundo momento tomaremos en consideración la obra de Crisostomo Nájera (1803-1853), *Disertación de la lengua othomí* (Filadelfia, 1834; México, 1845). Este trabajo gozó de alta estima debido a que fue la primera evaluación de las hipótesis relativas al origen de los grupos amerindios. Haciendo eco de la célebre frase de Horne Tooke “*languages do no lie*”, aceptada por los etnógrafos y lingüistas más reputados del orbe en ese momento, Nájera efectuó la comparación gramatical del othomí y el chino.

⁷ Rowe, John Howland (1984) “Sixteenth and seventeenth century grammarians”, *Studies in history of linguistics. Traditions and Paradigms*, Dell Hymes (comp.), pp. 361-376.

⁸ Ortega y Medina, Juan (1991) “Clavijero ante la conciencia historiográfica mexicana”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, No. 10, pp. 289-308.

a) Francisco Clavijero

De seguir el esquema de los tres periodos, el trabajo de F. Clavijero quedaría al margen del ciclo general porque se elaboró en el siglo XVIII. Podríamos, entonces, suponer que se trata de una excepción, puesto que este siglo es considerado irrelevante por el reducido número de investigaciones así como por la distancia de ellas con respecto a los principales tendencias de la lingüística europea de aquel momento. Con este último señalamiento se estaría evaluando la obra de Clavijero a la luz del influjo que pudieron ejercer sobre ella los trabajos de Leibniz y la gramática de Port Roy al, principalmente.

Sin embargo, la situación marginal de Clavijero dentro del esquema de periodización contrasta con el punto de vista de los especialistas en la obra de este autor, quienes lo consideran un autor ejemplar. Ellos demuestran los extraordinarios conocimientos sobre la lengua mexicana, ostensibles en la *Historia Antigua de México*, y precisan que Clavijero adoptó los resultados que provenían de los jesuitas más destacados en el estudio del náhuatl. En efecto, el plan de exposición de las *Reglas de la lengua mexicana* siguió en buena parte el que había establecido Horacio Carochi en el *Arte de la lengua mexicana* (1645); por otra parte, las entradas del vocabulario se presentan generalmente acentuadas, siguiendo el sistema adoptado por Antonio Rincón (1595), Carochi e Ignacio Paredes (1753). Asimismo mencionan otros aspectos estrictamente originales de Clavijero: la modernidad en el tratamiento de algunas distinciones fonémicas - /ch/ y /x/, y la manera de presentar las distintas partes de la oración.⁹

Por otra parte, quienes han examinado la peculiar trayectoria de los estudios relativos a la lengua náhuatl hacen una subdivisión de este acervo particular con base en los logros más significativos en el análisis. De tal suerte que, en el lapso que cubre los casi trescientos años de vida colonial, distinguen tres momentos: el primero de ellos se caracteriza por el interés en la lexicografía (de 1547 a 1595); el segundo, por los novedosos resultados en los campos de la morfología y la fonología (de 1595 a 1647) y, el tercero (de 1673 a 1810), se identifica por la producción de gramáticas didácticas, en las cuales se hace una presentación más sintética, en contraste con las precedentes.¹⁰

Si tratamos de colocar *Reglas de la lengua mexicana* dentro de esta última periodización, notamos que este texto comparte el rasgo que distingue a dos momentos; se trata de una gramática didáctica, pero también es un trabajo lexicográfico. Más aún, el aspecto más apreciado de las *Reglas* es el vocabulario que contiene, ya que consta de

⁹ Arthur Andreson y Miguel León-Portilla (1994) presentan estas consideraciones en el "Prefacio" y la "Introducción" a las *Reglas de la Lengua Mexicana con un Vocabulario* de Francisco Xavier Clavijero, México, UNAM.

¹⁰ Bustamante, Jesús (1987) "Las lenguas amerindias: una tradición española olvidada", *Histoire, épistémologie, language*, Paris, Université de Paris 7, tomo 9, fascículo II, 1987, pp 75-97.

3,450 entradas, con sus respectivas definiciones. No obstante, podemos hallar diferencia entre la investigación lexicográfica de Clavijero y aquella que realizaron los franciscanos del siglo XVI —Andrés de Olmos (1557) y Alfonso de Molina (1555-1571) principalmente—, a saber, que las *Reglas* no estaban destinadas a la difusión del Evangelio.

Otro hecho significativo para nosotros es que, a pesar de que las *Reglas* no llegaron a la imprenta sino hasta fechas muy recientes, la excepcional calidad del trabajo lexicográfico de Clavijero fue reconocida por la *Historia Antigua de México*. En ese texto se trata de demostrar cuál era el conocimiento que tenían los pueblos náhuas, a través de la presentación del léxico de esa lengua. Con base en el acervo literario construido por sus antecesores franciscanos, Clavijero pone sobre relieve la amplia variedad de voces metafísicas y morales existentes en lengua mexicana, llegando incluso a subrayar la presencia de la palabra, y por lo tanto la idea, de Dios.¹¹ En cuanto al mundo de los objetos, se apoya en el libro de Francisco Hernández, *Historia Natural de Nueva España* (Roma 1651), para ilustrar prolijamente el conocimiento que esos pueblos tenían de su entorno físico. Si bien Clavijero, como sus contemporáneos del Siglo de las Luces, aceptaba que la representación léxica es un hecho común a todas las lenguas, también estaba de acuerdo en que la comparación del vocabulario náhuatl con el de otras lenguas, e incluso entre distintas épocas, le permitiría dar una idea clara acerca del progreso alcanzado por la nación mexicana: para él, la poesía y la oratoria mostraban fehacientemente que la lengua náhuatl era objeto de un especial cultivo por parte de sus hablantes prehispánicos pero que, para el momento en que él escribe, el interés por el pulimiento en el lenguaje había decaído. Esta valoración del estado actual de la lengua es un rasgo original, en la medida en que se apoya en el examen de distintos estados de lengua; lo que le permite comparar positivamente al náhuatl clásico con el latín o el griego, e incluso con lenguas modernas.

Clavijero explica la decadencia del náhuatl como efecto de las migraciones, de las guerras, de las conquistas, de las modas, de los cambios, y con ello coloca la fuerza de la historicidad fuera de la lengua. Sin embargo, si bien es cierto que examina la lengua a la luz de la historia del pueblo mexicano, mantiene el estudio de la gramática en el campo de la filosofía. De tal modo que, al tratar el tema de la abundancia léxica del mexicano señala: “Mucho podríamos decir sobre este asunto [de la forma y la riqueza en la composición de las palabras verbales], si no temiésemos salir de los límites de la historia”.¹²

11 Tranck, Dorothy (1988) “Clavijero: Defensor de los idiomas indígenas frente al desprecio europeo”, *Francisco Xavier Clavijero en la Ilustración mexicana 1731.1787*, (A. Martínez Rosales comp.), México, El Colegio de México, pp 13-30.

12 Clavijero, Francisco (1987) *Historia antigua de México*, México, Porrúa, p. 240.

Otro rasgo original del trabajo de Clavijero consiste en el registro que hace del náhuatl hablado en el siglo XVIII. Tan interesante como que a través de este texto podemos tener noticias de las diferencias con respecto al “náhuatl clásico”, está otro hecho: nos informa del interés misionero por registrar los estados de lengua que no estaban en conformidad con las formas de mayor prestigio, sancionadas en las fuentes de los siglos XVI y XVII. Otros autores que le eran contemporáneos también estaban examinando las variantes no centrales del náhuatl, como T. Cortés y Zerdeño, quien publicara el *Vocabulario y confesionario del idioma mexicano, según se usa en el Obispado de Guadalajara*, en 1765. A través de estos ejemplos podemos poner en duda que el siglo XVIII se haya distinguido por un total oscurantismo y por la ausencia de continuidad con respecto al trabajo misionero de los siglos anteriores, al mismo tiempo que señalamos algunas de sus originalidades.

b) Fray Manuel Crisóstomo Náxera

Siguiendo la periodización de Suárez, nuestro segundo autor, Fray Manuel Crisóstomo Náxera quedaría inscrito en el siglo XIX y su trabajo estaría enmarcado dentro de la tipología, aunque sin lograr una adecuación plena a los cánones de la lingüística establecidos por F. Bopp. En efecto, el trabajo más sobresaliente de C. Náxera, la *Disertación sobre la lengua othomí* (1834-45), atiende fundamentalmente a la descripción de la variedad de los tipos gramaticales que presentan las lenguas de México. Pero Náxera es notable también por no buscar una lingüística prescriptiva, por no subordinar la gramática a un fin utilitarista, tal y como había sucedido con los misioneros, y concibe el estudio de la gramática como independiente de la filosofía y la lógica: todas estas características lo acercan a los principios de la disciplina inaugurada por Bopp, mucho más de lo que habitualmente se ha reconocido.¹³

La originalidad del trabajo de Náxera consistió en que su examen de la gramática de la lengua otomí sirvió de contraejemplo para cuestionar que las lenguas americanas respondían a un mismo tipo gramatical, distinto al de las lenguas de otras partes del mundo, hipótesis que manejaban los más reputados lingüistas de la época. Peter Stephen Du Ponceau, presidente de la Sociedad Filosófica de Filadelfia, había agrupado bajo el término de *polisintéticas* a todas las lenguas comprendidas desde Groenlandia hasta Cabo Hornos.¹⁴ Por su parte, A. von Humboldt había señalado que los sistemas de conjugación en las lenguas americanas mostraban profundas semejanzas, y propuso el nombre de *incorporante* para referirse a este especial proceso de conformación de

¹³ Auroux, Sylvain (1982) *A Revoluçao tecnologica da graniatizayao*, Sao Paulo, Editorial Unicamp, pp. 7 y 8.

¹⁴ Robins, Robert (1987) “Duponceau and early nineteenth century linguistics”, *Papers in History of Linguistics*, Filadelfia/ Paris/Amsterdam, John Benjamins, No. 38, pp. 435-446.

las palabras verbales.¹⁵ Ambas propuestas, en las que se ponía de manifiesto la existencia de un tipo gramatical único, bien podían ser interpretadas como la prueba a favor de la hipótesis de un origen común de los pueblos americanos, lo que ponía en duda su filiación con las lenguas clásicas.

Náxera utilizó las artes elaboradas en el periodo misionero e hizo una fuerte crítica de ellas: desde su punto de vista, las limitaciones de esos trabajos anteriores resultaban de asignar falsamente un carácter universal a la gramática latina. No obstante las carencias que observaba en esas obras, mantuvo la esperanza de encontrar en ellas algunas evidencias en torno al tipo primitivo de la lengua que les había dado origen. Para lograrlo se guió por una nueva manera de analizar la estructura gramatical del otomí. Una de sus expectativas al iniciar su trabajo consistió en encontrar pruebas que le permitieran mostrar alguna afinidad de esa lengua con el chino, que igualmente poseía una estructura monosilábica. Tal hipótesis se volvió casi insostenible al no encontrar semejanzas, ni en la forma de ciertas palabras clave para él ni en la idea en ellas contenida: estas palabras clave se ubicaban en determinados campos léxicos, como era el de los numerales y el del parentesco.

Estos procedimientos los toma de los ideólogos franceses y de los comparadistas alemanes: de los ideólogos toma la idea de que las significaciones de términos análogos en distintas lenguas podían ser comparadas en su extensión —con ello se demarca de Clavijero, quien consideraba los términos comparados idénticos en su significación—; de los comparadistas toma tanto la elección de campos semánticos susceptibles de comparación cuanto la idea de que la semejanza en el tipo de lengua era prueba de parentesco o prueba de que las lenguas del mismo tipo se situaban en un mismo estadio en el desarrollo del lenguaje.

La segunda expectativa de Náxera era contrastar la lengua mexicana con otra lengua amerindia que, además de diferenciarse por el tipo, gozara de menor estima. Para él, las lenguas reputadas como inferiores eran igualmente muestra de la existencia de un pensamiento lógico. Con ello Náxera defiende una idea absolutamente moderna de la lengua como un sistema autoconsistente de signos, la idea que no se encuentra, por ejemplo, en Clavijero. Náxera también acepta que las diferencias en el tipo gramatical pudieran tener como consecuencia la posibilidad de asignar un origen distinto a los mexicanos y los otomíes. Se trataba de subrayar que, no obstante que los pueblos otomíes habían sido pueblos sin un grado avanzado de progreso —como prueba de ello aceptaba los juicios desfavorables sobre esa lengua y concordaba en que era pobre en el léxico, montaraz, tosca, sin pulimento, con una extrema variación geográfica—, la gramática era equiparable a la del mexicano e igualmente un digno soporte de la razón. A su vez, tanto el otomí como el náhuatl eran comparables, en tanto sistemas de signos autosuficientes, con las lenguas de Occidente y las de Oriente.

¹⁵ Náxera, C. (1984) *Disertación sobre la lengua otomí*, México, Ed. Innovación, p. 40.

Náxera acepta que una clasificación estrictamente lingüística debiera atender a las diferencias en la organización gramatical de las lenguas, sea para establecer una afinidad genética o una analogía morfológica. No obstante, comparte y trata de buscar las razones por las cuales aún tienen gran peso los puntos de vista que derivan de las clasificaciones jerárquicas previas: aquéllas que hacen distinciones entre las lenguas con base en la comparación del grado de finura con que realizan el análisis de las representaciones; o aquéllas recientes en las que se hacen distinciones entre lenguas cuyos tipos corresponderían a distintos estadios de civilización.

Al hacer una presentación de la historia de la lengua mexicana en los tres siglos que anteceden a su obra, Náxera hace un recuento de su particular acervo literario, de la notable extensión geográfica que alcanzó antes de la conquista española, de su permanencia y prestigio en los siglos XVI y XVII; también menciona el gran interés de sus compatriotas contemporáneos por el estudio de las antigüedades mexicanas y se lamenta diciendo: “Ojalá fuera la misma [historia] la de los otros idiomas. Mas no es así”.¹⁶

Rítmos de evolución en las ideas lingüísticas

Este recorrido somero y hasta cierto punto esquemático por las obras de Clavijero y Náxera nos permite destacar un cierto número de rasgos que los ligan tanto con los primeros trabajos lingüísticos del XVI como con sus contemporáneos y sucesores del XIX. En ese sentido no es posible inscribirlos sin más en un periodo de la historiografía lingüística, sino que es preciso recoger sus rasgos contrastantes para destacar la ambivalencia de sus respectivas obras.

En cuanto a la finalidad de sus investigaciones, es posible afirmar que, aunque ambos son religiosos, uno de ellos jesuita y el otro carmelita, ninguno de ellos escribe para la misión, sus obras no son didácticas; no crearon instrumentos para la enseñanza, sino que analizan las lenguas como objetos puros de conocimiento. Los dos autores expresan que tanto el conocimiento lingüístico como el histórico no violentan sus convicciones religiosas: tienen muy presente el mito de Babel, así como la necesidad de corroborar los textos sagrados y consideran al lenguaje como obra providencial. Pero es en el modo de analizar las lenguas en donde se inscriben plenamente en la modernidad de su época, puesto que a través de sus análisis lexicográficos y gramaticales plantean la necesidad de ceñirse a un método científico y participan de una etapa de elaboración de gramáticas más sintéticas y recapituladoras del saber obtenido hasta la época.

Aunque el interés de Clavijero por la lexicografía muestra sus vínculos con el siglo XVI, es necesario precisar que esa inclinación responde a la convicción de que el léxi-

¹⁶ Náxera, Crisóstomo (1944) *Gramática de la lengua tarasca*, México, Ed. Libros de México, p. 13.

co de una lengua es prueba contundente del desarrollo espiritual alcanzado por sus hablantes. Al igual que Náxera, Clavijero sufre la influencia de los filósofos franceses de la Ilustración; influjo que perdurará a lo largo del siglo XIX puesto que la encontramos en otras obras lexicográficas, como la de Joaquín García Icazbalceta, y en los textos sobre gramática, como los de Rafael Angel de la Peña. Por su parte, Náxera comparte muchas inquietudes con Clavijero, como es el atractivo por el origen de los pueblos americanos y por la génesis y perfección de las lenguas; sin embargo, al distinguir entre el grado de civilización de los pueblos y las posibilidades de expresividad de las lenguas, pone énfasis en la sistematicidad inherente de las lenguas, frente a la historicidad de las lenguas, propia de Clavijero y sus ideas en torno a la decadencia de los idiomas.

Ambos amplían el horizonte de los estudios lingüísticos al atender a problemas nuevos: uno, en las variantes modernas del náhuatl; y el otro, en lenguas con poco prestigio. Sin embargo, sus intereses por temas considerados como insignificantes no deben hacernos olvidar que mantienen la mirada puesta en el náhuatl como lengua imperial y como vestigio de un pasado de grandeza y perfección. Este doble interés surge como reacción a los debates de su tiempo; son las respuestas a autores europeos que, como Cornelius de Pauw y Jean Lois Leclerc Comte de Buffon, sostuvieron la inferioridad de América y sus habitantes debida al influjo del clima.

Como puede observarse, la variedad de facetas que ofrecen las obras de estos autores responde tanto a tradiciones largamente cultivadas cuanto a debates de la época, e incluso prefiguran nuevas direcciones de reflexión. Por lo tanto, no es posible dividir en periodos históricos que atiendan únicamente a algunas características de autores tan complejos; más que afinar o rebatir dichas periodizaciones, es necesario cuestionar la viabilidad de la periodización, en provecho de concepciones no lineales del devenir histórico.

Para ello es preciso centrar la atención en las permanencias y discontinuidades, así como en las distintas cadencias del cambio histórico propuestos por Fernand Braudel. Es así como, por una parte, es necesario distinguir, por ejemplo, el interés siempre vigente por la lengua de mayor prestigio —como es el náhuatl—, el cual correspondería a una *historia profunda*, poseedora de un ritmo de *larga duración*, distinto a polémicas entre individuos, correspondiente a la llamada *historia evenemencial*. Por otra parte, dentro del interés permanente por el náhuatl habría que diferenciar las distintas maneras de enfocar el trabajo lingüístico, reconociendo distintas etapas en “un mismo periodo”. Estas etapas no caracterizan el trabajo lingüístico de los autores en cuanto individuos, sino que los inscriben en el marco de la evolución de las mentalidades y en el del desarrollo y desaparición de corrientes de pensamiento, fenómenos que corresponden a la llamada *historia coyuntural*, que posee un ritmo de evolución medio.

Una distinción de esta clase nos permitiría agrupar las ideas lingüísticas con base en sus distintos ritmos de evolución y reconocer correspondencias entre autores de distintas épocas. De esta manera multiplicaremos las posibles periodizaciones en función del punto de vista adoptado; pero ganaremos en especificidad y profundidad al considerar, además del cambio histórico, la cuestión, igualmente crucial, de la permanencia.